

al Hijo, al heredero del Padre, al Señor cuyo dominio acataban, al más digno de poseerlo. Al compás de estas aclamaciones, atravesó por en medio del cielo hasta el palacio y templo de su omnipotente Padre, sublimado sobre su trono, que le recibió en el esplendor de su gloria, donde está hoy sentado á su diestra, en inmortal bienaventuranza.

»Hè aquí cómo, asemejando las cosas del cielo á las de la tierra, para satisfacer tus deseos, y á fin de que puedas aprovecharte de las lecciones de lo pasado, acabo de revelarte lo que en otro caso quizás hubiera ignorado para siempre la raza humana: la discordia y guerra que se suscitó en los cielos entre las angélicas potestades, y la eterna ruina de los que llevados de una desmedida ambicion, se asociaron con Satan en su rebeldía. Envidioso de tu felicidad, anhela hoy éste apartarte asimismo de la obediencia á tu Criador, para que desheredado como él de tu dichoso estado, vengas á merecer su castigo y caigas en su perpétua miseria. Su mayor venganza, su único consuelo sería poder ultrajar al Altísimo, haciéndote á ti participe de su error y de su pena. No des jamás oído á sus tentaciones; prevén esto mismo á tu compañera; ten presente el terrible ejemplo que has oído, el castigo en que incurren los inobedientes. Ellos hubieran podido ser siempre venturosos, y se perdieron. No te olvides de esto, y teme ser contado entre los rebeldes.»

LIBRO SÉPTIMO

ARGUMENTO

Accediendo á los ruegos de Adán, cuéntale Rafael cómo y por qué fué creado este mundo: que habiendo Dios expulsado del cielo á Satan y á sus ángeles, declaró que le placía crear otro mundo y otras criaturas que habitasen en él; y así envía á su Hijo circundado de gloria y acompañado de angélicos coros, para que en el espacio de seis días realice la obra de la creación. Al compás de sus himnos celebran los ángeles esta nueva maravilla, y la reascension del Hijo á los cielos.

Desciende del cielo, Urania, si es bien que te invoque con este nombre. Siguiendo tu voz divina, me remonto más allá del Olimpo, sobreponiéndome al vuelo de las alas del Pegaso. No me contento empero con invocar tu nombre: invoco tu inspiracion, porque ni tú te cuentas entre las nueve Musas, ni moras en la cumbre del antiguo Olimpo. Nacida en el cielo, ántes que apareciesen los montes, ántes que brotaran las fuentes de sus manantiales, tú conversabas con tu hermana, la divina Sabiduria, y con ella te recreabas, en presencia del Omnipotente Padre, que se complacia en oír tus celestiales cánticos. Traspornado por ti, aunque habitador terrestre, al cielo de los cielos, he respirado el aire empireo que para mi templabas. Sostenme tambien ahora, y vuélveme á mi nativo elemento, no sea que al impetu de este desenfrenado bridon en que cabalgo, caiga, como Belerofonte ¹ un día, bien que él no penetrase en region tan alta, y dé conmigo en los campos aleyos, para vagar allí desamparado y en completo olvido.

Estoy aún á la mitad de mi canto, pero reducido ya á limites más estrechos, cuales son los de una divina y visible esfera. He descendido á la tierra, abandonando las regiones allende el polo, y cantaré más seguro y con voz humana, sin temor de que enronquezca ni quede muda, á pesar de haberseme deparado tan aciagos días. ¡Oh! y ¡qué aciagos, viéndome rodeado de dañinas lenguas, de

(1) Belerofonte, hijo de Glauco, rey de Corintia, ó de Neptuno, que habiendo vencido á la Quimera en el caballo Pegaso, quiso con éste subir al cielo, y Júpiter le despeñó en castigo de su temeridad; despues de lo cual anduvo errante por los campos aleyos ó de Alé, en la Licia.

tinieblas, de peligros y de soledad! Pero no, no estoy solo, que tú me asistes, cuando por la noche cierra mis párpados el sueño, y cuando la mañana ilumina el sonrosado Oriente. Dirige pues mi canto, sublime Urania; dame un auditorio propicio, aunque escaso en número, y aleja al propio tiempo de mí la bárbara disonancia de Baco y su turbulento séquito, raza de aquella salvaje horda que en el Ródope ¹ despedazó al bardo de Tracia ², cuando sin respeto al que era encanto de los bosques y de las rocas, ahogó con su feroz griterio los ecos de su voz y de su citara. No pudo Caliope salvar á su hijo, pero tú, Urania, no abandonarás al que implora tus favores, porque ella inspiraba vanos sueños, y tú celestial aliento.

Di ¡oh Diosa! lo que sucedió luego que Rafael, el afable arcángel, previno á Adan que aleccionado por el ejemplo de los apóstatas del cielo, no incurriese en su infidelidad, pues él y su descendencia, á quienes se habia mandado que no tocasen al árbol prohibido, se verian sometidos á igual castigo en el Paraiso, si menospreciaban é infringian aquel único precepto, tan fácil de cumplir, en medio de la infinita multitud de objetos que se brindaban allí á sus gustos, por extraños que fuesen y caprichosos.

Con profunda atencion escucharon Adan y su consorte Eva aquel relato, y quedaron admirados y profundamente pensativos al oír cosas tan grandes y tan extrañas, cosas de que no tenian la menor idea, que en el cielo se conociesen odios, y que con semejante confusion anduviesen allí mezcladas la guerra y la paz divina; pero el mal habia venido á recaer por fin como desatado torrente sobre sus autores, privándolos para siempre de la bienaventuranza. Disipáronse en Adan las dudas que abrigaba su corazon, y nació en él, sin otra intencion, el deseo de averiguar lo que más inmediatamente le interesaba: cómo se produjeron el cielo y la tierra, todo este mundo visible; cuándo y de qué fueron creados, y por qué causa; y qué era el Eden y cuanto fuera de él existia antes de la época á que alcanzaba su memoria; semejante á aquel que ha saciado su sed del todo, y que sigue con la vista al arroyuelo que se desliza murmurando, y despierta en él nueva sed con el susurro de su corriente. Dirigióse pues á su celeste huésped en estos términos:

« Admirables cosas que no pueden ménos de maravillarse por lo diferentes que

(1) Monte de Tracia.

(2) Orfeo, hijo de Apolo, ó de Mercurio, segun otros, y de Caliope.

son de las de este mundo, nos has revelado, divino intérprete. Dios nos ha favorecido enviándote desde el Empireo para advertirnos á tiempo de lo que hubiera podido causar nuestra perdicion; riesgo que no conociamos, porque no está al alcance de la inteligencia humana. Por ello debemos gratitud eterna á la infinita bondad, recibiendo sus avisos con el solemne propósito de cumplir siempre su voluntad soberana, único fin con que aquí existimos. Pero ya que para nuestro aprovechamiento has tenido la dignacion de descubrirnos cosas tan superiores á la comprension terrestre, pero que nos conviene conocer, como lo ha dispuesto la suprema sabiduria, ten la bondad asimismo de descender más hasta nosotros y de instruirnos en lo que ha de sernos no ménos útil, diciéndonos como se formó ese cielo que vemos á tan lejana altura, ornado de los innumerables astros que lo recorren, y eso que llena el espacio todo, ese difuso ambiente que abarca la órbita de la florida tierra; qué causa movió al Creador, en medio del santo reposo de que gozaba por toda una eternidad, á sacar tan tarde su obra del Cáos, y cómo una vez empezada, se terminó en tan breve tiempo. Á consentirtelo el Señor, manifiéstanos lo que tanto anhelamos averiguar, no para inquirir los secretos de su eterno imperio, sino para más glorificar sus obras. Réstale aún á la gran lumbrera del dia largo espacio de su curso, aunque va declinando ya; pero suspendiéndolo al oírte, al oír tu poderosa voz, te prestará atencion, y retrasará su marcha para escuchar cómo refieres su nacimiento, y cómo el de la Naturaleza, al salir por primera vez del oculto abismo; y mientras la estrella y el astro de la noche se apresuran para oír tu narracion, la Noche traerá consigo el silencio; el sueño se pondrá en vela con igual intento, ó nosotros le ahuyentaremos hasta que termine tu canto, y podamos despedirte ántes que nos sorprenda el brillo de la mañana.»

Esta súplica hizo Adan á su ilustre huésped; y el Ángel divino le contestó con estas dulces palabras: «Á tan comedido ruego, justo será acceder; pero ¿qué encarecimiento, qué lengua seráfica bastará á referir las obras del Omnipotente, ni qué espíritu humano á comprenderlas? Lo que si puedes conseguir, lo que no será negado á tus oídos, es aquello que mejor conduzca á glorificar al Hacedor y más contribuya á labrar tu felicidad. Yo he recibido del cielo el encargo de satisfacer tus deseos, como no pasen de ciertos límites; fuera de ellos, no indagues más; no desvaries con la esperanza de profundizar misterios ocultos, que el invisible Rey, único que lo sabe todo, ha rodeado de tinieblas tan impenetrables

á los que viven en la tierra como en el cielo; y harto te queda en todo lo demás que estudiar y que conocer. Porque el saber es como el alimento; se requiere no ménos templanza en la satisfaccion del apetito, que en la medida á que debe el espíritu ajustarse, pues la excesiva ciencia embaraza con su demasia y convierte la sabiduria en locura, como el exceso de alimento se trueca en vapor inútil.

»Ahora bien, ten por cierto que apenas cayó Lucifer (á quien se daba este nombre porque resplandecía entre los ángeles más que la estrella así llamada entre las estrellas), apenas cayó con sus malditas legiones en medio del abismo que les estaba preparado, y volvió vencedor el augusto Hijo con el séquito de sus Santos, contempló el Eterno Omnipotente Padre toda aquella muchedumbre desde su trono, y habló así á su Hijo:

«Engañóse por fin nuestro envidioso Enemigo, creyendo que todos habian de seguirle en su rebeldia, y que con su auxilio nos arrancaria la posesion de esta altísima é inaccesible fortaleza, asiento de la suprema Divinidad. Perdióle su confianza, y arrastró en su catástrofe á muchos que han desaparecido de nuestra presencia; pero veo, sin embargo, que la mayor parte han permanecido fieles en su puesto, que el cielo está todavía poblado, y que cuenta con suficiente número de habitantes para llenar sus reinos, vastisimos como son, y para desempeñar los sagrados ministerios y solemnes ritos de este sublime templo.

»Mas, para que su soberbia no se lisonjee de haber logrado esta ventaja, de haber des poblado el cielo, y locamente presuma del detrimento que me ha causado, he de reparar la pérdida, si como tal puede considerarse el perderse uno á si mismo. Crearé al punto otro mundo, y de un hombre produciré una raza de hombres innumerable, que habitarán allí, no en este reino, hasta que elevándose gradualmente por sus méritos, se abran y ganen al fin esta morada, purificados largo tiempo por medio de su obediencia. La tierra entónces se convertirá en cielo, y el cielo en tierra, porque uno y otra formarán un solo imperio donde reinen alegría y union perpétuas. Entre tanto, celestes potestades, gozad de esta mansion con más holgura. Y tú, Verbo mio, hijo por mi engendrado, por ti se cumple todo esto: habla, y quedará hecho. Contigo envío mi Espíritu, que lo llena todo, contigo mi poder. Parte, pues; manda al abismo que forme el cielo y la tierra dentro de ciertos limites. El abismo no los tiene, porque Yo soy quien lleno lo infinito, y el espacio no está vacío. Y aunque Yo no reconozco limites en

mi mismo, y reduzco y no llevo á todas partes mi bondad, que es libre de obrar ó no, ni la necesidad ni el destino influyen nada en mis actos: el hado consiste en lo que yo quiero.»

»Estas palabras dijo el Omnipotente, y su Verbo, su filial Divinidad las realizó al punto. Los actos de Dios son inmediatos, más rápidos que el tiempo y el movimiento, y para hacerlos comprensibles al sentido humano, hay que valerse de la sucesion de las palabras, de la lentitud con que procede la terrestre inteligencia. Grande fué el triunfo, extremado el júbilo del cielo, al anunciarse así la voluntad divina. «¡Gloria al Altísimo, decian, y buena voluntad y paz en la tierra á los futuros hombres! ¡Gloria á Aquel cuya justicia y vengadora cólera ha arrojado á los impíos de su presencia y de la morada de los justos! ¡Gloria y alabanza al Señor cuya sabiduria ha hecho del mal el bien, y ha destinado á una raza mejor el lugar que ocupaban los espíritus malignos, y difundirá su eterna bondad en los mundos y siglos venideros!»

»Prorumpieron en este himno las celestes jerarquias, y apareció el Hijo, dispuesto á su grande obra, revestido de la Omnipotencia, ciñendo la corona de la Majestad divina. La sabiduria, el amor inmenso, su Padre todo reflejaba en él. Asistian en torno de su carro innumerables querubines, serafines, potestades, tronos y virtudes, espíritus alados, carros asimismo con alas, sacados del arsenal de Dios, donde existen millares de siglos há, entre dos montañas de bronce, preparados para los dias solemnes; carrozas celestiales, prontas siempre á volar, y que ahora se ofrecian espontáneamente, porque estaban animadas de espíritu vital, atentas al mandato de su Señor. El cielo abrió de par en par sus eternas puertas, que al girar sobre los goznes de oro, produjeron un armonioso sonido, para dar paso al Rey de la Gloria, al Verbo poderoso, al espíritu creador de nuevos mundos.

»Detuviéronse en el continente del cielo, y desde sus orillas divisaron el vastísimo inconmensurable abismo, tempestuoso como un océano, lóbrego, horrible, impenetrable, agitado de arriba abajo por furiosos vientos y enrespadas olas, que como montañas se elevaban para escalar los cielos y confundir el centro con los polos.

«¡Basta, revueltas olas! Y tú, abismo, ¡sosiégate: cesen vuestros furores!» exclamó el Verbo creador. Y no se detuvo más: sino que arrebatado en alas de los querubines, se remontó á la gloria paterna, por en medio del Cáos y del